

LUCHA Y MOVILIZACIÓN EN LA ZARAGOZA DEL FRANQUISMO 1958-1978



SERGIO CALVO
CRISTIAN FERRER
IVÁN ROMERO (COORDS.)

Lucha y movilización
en la Zaragoza del franquismo,
1958-1978

SERGIO CALVO, CRISTIAN FERRER
e IVÁN ROMERO (coords.)

Lucha y movilización

**en la Zaragoza del franquismo,
1958-1978**


INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»
PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Sergio Calvo, Cristian Ferrer e Iván Romero (coords.)
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social) e Institución «Fernando el Católico»
1.ª edición, 2025

Publicación n.º 5952 de la Institución Fernando el Católico, organismo autónomo de la Diputación Provincial de Zaragoza.

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 530
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

 Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1540-661-9

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1959-2025

PRÓLOGO.
ZARAGOZA: OPOSICIONES AL FRANQUISMO
Y APRENDIZAJES DE LA DEMOCRACIA

Los autores de este libro, historiadores jóvenes formados en nuestra universidad abordan desde sus personales investigaciones recientes,¹ pero desde una perspectiva generacional común y con planteamientos y objetivos colectivos, las movilizaciones sociales y las luchas políticas durante la dictadura de Franco, desde primeros balbuceos de una oposición minoritaria, objeto de una fuerte represión, a mediados de los años cuarenta hasta la aprobación de la Constitución de 1978. La cronología y el espacio, la ciudad de Zaragoza, están bien definidos. Los capítulos tratan sobre las organizaciones y práctica política de los trabajadores en sindicatos y parti-

1 Los coordinadores son licenciados en Historia por la Universidad de Zaragoza, en la que posteriormente han cursado el Máster interuniversitario en Historia Contemporánea: Sergio Calvo ha investigado la protesta universitaria en Zaragoza (1965-1975), tema sobre el que versa su tesis doctoral, recientemente defendida; Cristian Ferrer hizo su trabajo fin de Máster sobre la historia de Comisiones Obreras en la ciudad de Zaragoza y ha dirigido junto con Iván Romero el documental *Los etcéteras. La lucha contra el franquismo en la ciudad de Zaragoza* (2022). Son, pues, historiadores jóvenes que han combinado sus diferentes investigaciones para dar cuenta de una realidad bien trabada como es la de la multiforme oposición al régimen de la dictadura en nuestra ciudad. Para completar su perspectiva generacional han buscado el concurso de recientes investigaciones doctorales del Departamento de Historia: María José Esteban (catolicismo social), Irene Abad y Sandra Blasco (feminismos), Ana Asión e Iván Romero (lenguaje cinematográfico), Miguel Lázaro (subversión política en la universidad antifranquista).

dos obreros, desde sus orígenes en los tiempos de silencio de la clandestinidad hasta su protagonismo creciente en la lucha contra la dictadura, sobre la importante disidencia política y cultural que despliega la protesta universitaria desde finales de los años sesenta, sobre la génesis y progresiva presencia social de militancias y organizaciones feministas, y sobre la pluralidad de manifestaciones que, desde una radical oposición democrática, desarrollan agentes y proyectos culturales, desde periodistas y medios de comunicación hasta escritores, pintores, compañías de teatro, músicos, cineastas o cantautores.

Es un libro coral por su autoría colectiva, pero lo es también por la unicidad del tema, en el que se busca documentar y describir la realidad pasada a partir de la simultaneidad de sus diversas variables, desde la política hasta la sociedad, reconstruyendo un escenario común y compartido entre los principales agentes de la oposición política y cultural de la Zaragoza de los últimos años del franquismo, quienes, como los autores del libro, también tenían marcadores generacionales propios como jóvenes, hijos de la Guerra Civil por lo general, jóvenes trabajadores y universitarios nacidos en su mayoría en la década de los cuarenta, más en sus inicios o en su final. Fue nuestra generación del 68, atraída, con mayor o menor certidumbre y decisión, por los cambios culturales y protestas que brotaban, de la mano de los hijos de la guerra mundial, en los campus universitarios europeos y estadounidenses, y, en nuestra casa, por un antifranquismo genérico del que participaban los hijos de los dos bandos de nuestra guerra civil, orientado hacia el horizonte de un aprendizaje de la democracia y del espejo europeísta e impregnado, en aquel momento, de sueños y entusiasmos revolucionarios como los que movían a compañeros generacionales en Francia, Italia, República Federal de Alemania...

Aquí radica la originalidad y oportunidad de este panorama sobre las raíces, acciones y actores de las culturas políticas de oposición en la Zaragoza del franquismo, pensado y preparado por un grupo de historiadores jóvenes y profesionalizados que recurren a fuentes documentales y orales, organizando este relato coral zaragozano según el método histórico que han practicado en sus primeras investigaciones, y desde la perspectiva que les proporciona su propio tiempo histórico. Algo que sucedió hace 50 años es ya historia, y lo más adecuado para recordarlo y reconstruirlo es el análisis histórico, que va siendo depurado por el paso del tiempo y de las generaciones.

Hay cierto consenso en denominar «historia del tiempo presente» o «historia actual» a aquella de la que aún quedan testigos en número significativo y, por tanto, memoria individual, personal o grupal de lo acontecido, de su significación e interpretación, que pueden ser tan variadas, incluso opuestas, como las experiencias y convicciones de los portadores de esas memorias, que tienden a ser afectivas, militantes, inevitablemente parciales, seleccionadas sobre un mar de olvidos.

Al conocer estas reconstrucciones históricas de la Zaragoza de hace medio siglo, hacia atrás y hacia adelante, me encuentro en la doble condición de testigo de los acontecimientos que aquí se establecen y de historiador que pretende una aproximación crítica al pasado. En primer lugar, respecto a la memoria personal (y a la colectiva) la historia cumple dos funciones fundamentales, la de reflatar no pocas situaciones y acontecimientos de las aguas del olvido,² del que, simultáneamente, se comprueba su enorme magnitud, y la de conocer hechos y procesos que quedaron fuera de la experiencia, siempre parcial, personal. En este sentido, Primo Levi, privilegiado relator del Holocausto nazi, nos puede servir de guía de certidumbres en la relación entre historia y memoria cuando escribe que, «para un verdadero conocimiento del *Lager*, los mismos *Lager* no eran un buen observatorio», de tal manera que los futuros historiadores debían ser historiadores políticos, «porque los *Lager* eran un fenómeno político» y hacían falta estadísticas y datos organizativos, además de las vivencias personales, para comprender lo que había sucedido.³

Me voy a permitir un diálogo entre la memoria que me ha quedado de mi propia experiencia de testigo y la historia que se ha investigado y

2 Es pertinente un apunte filológico, por cuanto en griego clásico el concepto «verdad» se expresaba con el término *aleteia*, es decir 'no olvido' (río Leteo), de modo que lo contrario de la verdad no sería la mentira, sino el olvido; así, la historia, antes de nada, es un proceso cognoscitivo para rescatar los tiempos pasados del olvido, y los historiadores, en palabras de Hobsbawm, son «los recordadores profesionales de lo que sus conciudadanos quieren olvidar».

3 Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik, 2002 [1989], pp. 17-19. Escrito en 1986, fue su último trabajo, un año antes de su fallecimiento por accidente o suicidio. Después de las más de cuatro décadas transcurridas desde su internamiento en Auschwitz tuvo la experiencia de contrastar lo parcial y limitado de su memoria conforme se fue desplegando la historiografía sobre el universo de los campos de concentración.

escrito, la historia que nos escriben ahora en este libro sobre las movilizaciones y la oposición al franquismo en la Zaragoza de antaño, demandas y procesos democratizadores, movimientos sociales de sindicatos y de vecinos, disidencias y protestas universitarias, prácticas y organizaciones feministas, nuevas escrituras, músicas, pinturas, actividades teatrales..., nuevas culturas enarboladas por aquella generación joven de 1968 en la ciudad del Ebro.

Un recuerdo de estudiante de Filosofía y Letras hacia el curso 1966-67: coincido con el profesor de Historia de la literatura Francisco Ynduráin en la mesa de préstamo de la biblioteca en la que se acumulan las novedades y me dice: «Forcadell, este libro le interesará»; era el primer volumen de la edición sudamericana de *Crónica del alba* de Ramón Sender, un nombre que llegaba por primera vez a mis oídos, quizá porque un profesor liberal compensaba su silencio cauteloso⁴ en las clases oficiales con indicaciones privadas como inadvertidas y casuales, recomendación que causó el efecto de deslumbramiento que suele acompañar a las primeras veces. Situaciones y experiencias cobran sentido y significado cuando ya son superadas e iluminadas por el paso del tiempo. Era el pasado de la universidad y la academia franquista, solo que entonces no se sabía que lo era, y, ciertamente, motivos había, pues aún tardaría más de una década en pasar.

Por las mismas fechas comienza a constituirse la FUDE (Federación Universitaria Democrática Española) en la Universidad de Zaragoza, de lo que van llegando noticias más o menos confusas, que dejan de serlo cuando se conoce la detención, en una reunión en Valencia, de un compañero de curso (Carmelo García Comeras). Ese movimiento estudiantil que comienza a despegar es el futuro, pero también dista de ser un futuro seguro.

4 Leo al escritor austriaco W. G. Sebald (n. 1944), solo dos años mayor que yo: «el pacto de silencio ciertamente prevalecía en las universidades alemanas durante la década de 1960», un pacto contra el que se levantó al poco el radicalismo juvenil y universitario de los años setenta. En la universidad y en la sociedad españolas no era un pacto, sino una imposición de silencio ejercida *manu militari* por el Estado y la Iglesia franquistas. El pacto vendría después, durante la transición democrática, correlativo al que habían llevado a cabo las sociedades y políticas de los principales países europeos (RFA, Italia, Francia...), solo que treinta años, una generación, más tarde. *Emerge, memoria. Conversaciones con W. G. Sebald*, Oviedo, KRK, 2002, p. 92.

Los «etcéteras»⁵ que buscan y tratan de sacar del olvido los autores de este libro éramos una mayoría, por mucho tiempo apresados en esta sensación de que el pasado no pasaba y el futuro no llegaba, pero decididos ya, de formas tan variadas como los grados de compromiso, a deshacernos política y estéticamente del pasado, y a empujar hacia el futuro.

Por entonces la naciente oposición estudiantil y el movimiento obrero y sindical eran mundos perfectamente inconexos, salvo para los contados militantes universitarios del PCE, clandestinos por la cuenta que les traía y muy poco conocidos. Nada se sabía en la universidad de la caída, juicio y prisión de dirigentes del partido en 1963, menos aún del desmantelamiento de su dirección zaragozana y aragonesa en 1958, y muy poco del nacimiento y constitución de las primeras Comisiones Obreras hacia 1965-1967. Algo más sonada fue la irrupción policial en abril de 1968 en la asamblea que la dirección sindical celebraba en las graveras de Torrero, saldada con 53 detenciones, en parte de nuevas generaciones de trabajadores y sindicalistas de la misma edad que los estudiantes que comenzaban a movilizar la universidad. Al poco el Mayo francés proporcionaba modelos, objetivos y nuevas culturas políticas que aproximaban a obreros y universitarios. Y ahí comenzamos a encontrarnos, a conocernos, a articular prácticas, acciones y proyectos, a comprobar por la experiencia que la oposición y el combate de «obreros y estudiantes» constituían arietes fundamentales en la lucha social y política contra el pasado y la persistente dictadura. Temas y procesos que ya vienen siendo estudiados entre nosotros, desde hace tiempo, separados por el análisis histórico, y que este libro revisa de modo integrado, como lo era la realidad de la época que ahora se hace cabalmente comprensible para protagonistas y testigos, y pueden conocer nuevos públicos y generaciones posteriores. Medio siglo después el conocimiento histórico amplifica, corrige, mejora la memoria de los testigos y nos permite «saber» y no simplemente «recordar», pues «una cosa es saber y otra recordar», como escribía Séneca en una de sus cartas a Lucilio en el primer siglo de esta era.

5 La expresión «los etcéteras» está tomada de *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, Catedra, 2011, p. 9, de Alberto Sabio, quien, al igual que los profesores del área de Historia Contemporánea de nuestra Universidad Julián Casanova y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, ha dirigido las primeras investigaciones de los autores de estas páginas.

Los grupos y partidos políticos de la oposición, conscientes de la creciente capacidad movilizadora de trabajadores, sindicatos y juventud universitaria, procuraban adaptar sus estrategias políticas a esta realidad. Y lo mismo advertía el régimen tardofranquista, que se aprestó a reprimir la creciente protesta y contestación política con dureza recurriendo a los estados de excepción de 1969 y 1970, a detenciones, procesamientos y duras condenas de prisión. El juego y contraste de la memoria particular de aquellos años con el conocimiento que aportan, y aportarán, los historiadores puede ser inacabable. Los nombres que aquí se recogen de los más de cincuenta estudiantes detenidos en el estado de excepción de 1969, como los que lo fueron en el de 1970, la relación de alumnos expedientados, es un auténtico revelador y organizador del directo recuerdo personal que se tuvo, y se tiene, con la mayor parte de ellos, con quienes se compartieron las aulas y las calles zaragozanas y posteriores trayectorias políticas y profesionales entrelazadas.

Al calor del Mayo francés y de la radicalización juvenil europea de los primeros años setenta, como en la vecina Francia, surgieron organizaciones a la izquierda del Partido Comunista con una notable capacidad de atracción en los ambientes universitarios y en algunos medios obreros: los CERZ (Comités de Estudiantes Revolucionarios de Zaragoza), el Movimiento Comunista, la Larga Marcha hacia la Revolución Socialista, FLP (Felipe), FRAP, ORT..., apoyados en referencias doctrinales trotskistas, prochinas, etc. La ciudad de Zaragoza tenía un tamaño adecuado para que todos, entre debates y discusiones, nos conociéramos y nos encontráramos en las mismas aulas, librerías, cines y teatros, bares, en reuniones varias, en las calles. Pero el recuerdo que ha dejado aquel tiempo y sus actores, a la vez que se aviva y recupera, resulta muy parcial, secundario e incompleto, cuando se confronta con la información histórica elaborada a partir de los archivos de la Administración (AGA), de la Universidad de Zaragoza, de la Dirección General de Seguridad, del Gobierno Civil de la provincia, prensa, testimonios orales, etc., de modo que es la historia la que ordena, recupera, clarifica y proporciona significado a la memoria que actores y testigos puedan tener del pasado.

Retomando algunas referencias personales, pero con la misma intención explicativa de trasmutar la anécdota en categoría, a principios de los años setenta fui cesado como joven profesor ayudante de Historia Con-

temporánea, en el marco de una limpieza de la que, desde instancias gubernativas —Carrero Blanco daba gran importancia a la «subversión universitaria»— y por diversos métodos, fue objeto el conjunto de las universidades españolas, algo que coincidió con la llegada a Zaragoza de Juan José Carreras, con el que inicié una tesis doctoral sobre temas del movimiento obrero español durante la Gran Guerra. Becado por el Gobierno alemán, residí en la Universidad de Heidelberg durante los cursos 1972-73 y 1973-74, relativamente ajeno a las movilizaciones y vísperas de la transición democrática.

Pero el marchamo de joven profesor apartado de la universidad, en contacto con el mundo universitario europeo, dedicado a investigar sobre algo tan novedoso entonces como «el movimiento obrero», explica, probablemente, que en mis visitas a Zaragoza fuera requerido así desde ámbitos universitarios alternativos al viejo academicismo como por partidos y sindicatos obreros que iban teniendo una presencia cada vez más visible en la sociedad y la cultura zaragozanas. De modo que recuerdo, sí, una conferencia masiva impartida en el Colegio Mayor Pignatelli modestamente titulada «Aproximación a la historia del movimiento obrero en Aragón», en el marco de lo que se llamó «I Semana de Cultura Aragonesa». Pero son los historiadores y las fuentes los que me informan que fue el 8 de marzo de 1973, que estuvo organizada por el Colegio Mayor Pignatelli y por el periódico *Andalán*, que asistieron, según el informe de la Jefatura Superior de Policía, «unas trescientas ochenta personas, casi en su totalidad estudiantes universitarios, de ambos sexos».⁶

La primera fila estaba ocupada por los dirigentes del PCE y de Comisiones Obreras, quienes comenzaban a visibilizar su presencia política en la ciudad. Si tuviera que plasmar en una metáfora esa confluencia opositora de organizaciones obreras con estudiantes contestatarios y movilizados, «de ambos sexos», me remitiría a esta escena y a este recuerdo mejor cons-

6 El pasado puede resultar, ciertamente, un país extraño, cuando una charla de este tipo a cargo de un joven veinteañero desconocido tenía la capacidad de convocar a cientos de personas y un pormenorizado informe policial sobre el acto, según el cual «el conferenciante se expresó en todo momento, especialmente en el coloquio, de forma vaga e imprecisa...» y al que se adjuntó una hoja ciclostilada con títulos de prensa obrera zaragozana que he podido recordar y recuperar ahora.

truido por la investigación histórica, objeto de los dos primeros capítulos del presente libro, que por mi muy parcial y remota memoria personal.

Las culturas y tradiciones marxistas y sus representaciones políticas han valorado siempre extraordinariamente la historia; sus portadores políticos y sindicalistas exhibían orgullosos su convicción de estar luchando por un futuro mejor a partir de las raíces y lecciones del pasado, de actuar en la dirección correcta de una historia que reconocería sus esfuerzos y, en definitiva, los absolvería, algo que era muy visible entre los dirigentes comunistas de mayor edad: Antonio Rosel, Sixto Agudo, Manuel Gil, Esperanza Martínez, Joaquín Arasanz, Miguel Galindo, Floreal Torquet. Así que se dirigían a «el» historiador del movimiento obrero, que, en la Zaragoza de aquella época, era el único, o el primero. De modo que, con el tiempo, me fueron haciendo depositario de sus recuerdos, orales o escritos, y revisé o redacté prólogos de libros que publicaron algunos de ellos.⁷ El propio Antonio Rosel Orós (1905-1988), el «abuelo de la clase obrera zaragozana», militante en el PCE desde 1930, biografiado por uno de los editores de este libro (Cristian Ferrer), me recibió en varias ocasiones en su casa de San José y me distinguió preparándome un escrito manuscrito de unas veinte cuartillas a doble página que él mismo tituló *Historia del movimiento obrero en Zaragoza. Sus luchas más importantes en el periodo de tiempo que va de siglo*, con la advertencia final de que llegaba hasta 1957 y el encargo de su continuación.⁸

Finalmente, la tesis doctoral se leyó en la primavera de 1977, en un acto masivo con militantes sindicales y políticos entre el público, pocos meses antes de las primeras elecciones democráticas, y todavía la vieja guardia de la Facultad se puso en alerta, pues recusó el tema, la dirección

7 Me refiero a libros memoriales como los de Sixto Agudo (1916-2004), *Memorias 1962-1996*, Zaragoza, IFC, 1998; Joaquín Arasanz (1916-1995), Manuel Gil y Javier Delgado, *Recuerdo rojo sobre fondo azul. Luchas obreras en Zaragoza: 1940-1975*, Zaragoza, Mira Editores, 1995.

8 Su último párrafo: «convendrá que se registre lo acaecido en el periodo posterior a 1957. Como querrá que tendrás más conocimientos y elementos que yo sobre el particular me relevo de continuar adelante, y que seas tú quien lo haga hasta su terminación». Personalmente, tengo un recuerdo emocionado del trato y conversación con estos dirigentes de primera hora, de la firmeza de sus convicciones, de su ética política, de su seguridad en sus sueños y acciones pasadas, a pesar de exilios y cárceles, de su confianza en el futuro.

de Juan José Carreras y la composición del tribunal, que fue aprobado en la Junta de Facultad con algunos votos en contra. Las cosas en la academia iban despacio, y solo en 1982, diez años después de que hubiera sido apartado de la docencia, pude reincorporarme al Departamento de Historia Contemporánea.

El libro da cuenta de la muy plural articulación entre movimientos sociales y proyectos políticos en la Zaragoza que conquistaba la democracia al final de la dictadura, muchos de cuyos representantes y dirigentes se habían formado en las aulas y en las fábricas desde finales de los años sesenta, y hace el seguimiento de un proceso que fue nacional y se dirimía en el corazón del Estado. Valga aquí la experiencia y el recuerdo personal que ya tuve oportunidad de transmitir en otra ocasión: cuando en la primavera de 1976, cerca ya del límite temporal de este libro, se constituyó en Madrid el organismo unitario de la oposición Coordinación Democrática «hubo que trasladar el acuerdo al, igual de variopinto pero a menor escala, mundo de la oposición democrática en Zaragoza y Aragón, y recuerdo que yo mismo, en representación de la Junta Democrática, y José Ignacio Lacasta, compañeros de curso en mis inacabados estudios de Derecho, por la Plataforma de Convergencia, redactamos el comunicado constituyente de CD en Aragón sobre la rugosa y gastada madera de las viejas mesas del Bodegón del Tío Faustino en el barrio del Boterón, tras apurar unas costillas de madrugada y algo de vino recio, resolviendo amigablemente la tarea de mantener el equilibrio político del discurso que habían acordado los jefes en Madrid y de adaptarlo —escribiendo *Aragón* en todos los párrafos— a lo nuestro». Pero eso ya, también, es historia.⁹

En las mismas fechas (1976) nacía la Asociación Democrática de Mujeres Aragonesas (ADMA), como movimiento social plural y autónomo de conciencia y prácticas feministas, que venía a sustituir al anterior y pionero Movimiento Democrático de Mujeres de Aragón, más vinculado al Partido Comunista. En mayo se conmemoró el 40 aniversario del Estatuto de Autonomía de Caspe (1936), con convocatoria y asistencia masiva de todos los grupos y partidos a una concentración en la que se soldaban de-

9 Prólogo a Ana Isabel Bonsón Aventín, *Tal como eran. La Transición en la provincia de Huesca (1975-1982)*, Zaragoza, Mira Editores, 1997, pp. 11-12.

mocracia y aragonésismo. A no mucho tardar el PSA celebraba en el pabellón del Colegio de La Salle el primer mitin político legal de la izquierda desde 1936. En 1971 se creó el Teatro de Cámara, en 1974 el Teatro de la Ribera, los colectivos de pintores Forma y Azuda habían comparecido en 1972, y en noviembre del año siguiente tuvo lugar el I Encuentro de Música Popular en Aragón, a la vez que se formaba el Seminario de Estudios Aragoneses. El semanario *Andalán* se publicaba desde 1972.¹⁰

Tomas de conciencia, activismos, militancias, prácticas políticas y sociales se producían a la vez y en un común espacio urbano y generacional, jóvenes principalmente que desarrollaban su propio proceso de formación a la par que su temprana presencia pública. Los fundadores de *Andalán* son todos veinteañeros: el director, Eloy Fernández, tiene veintiocho años y solo José Antonio Labordeta ha cruzado la mitad de su treintena, por lo que ya merecía el apelativo de «el abuelo». *Andalán* fue concebido principalmente por un grupo de universitarios, tempranos intelectuales en ciernes; era un club preferentemente masculino hasta que fueron participando algunas jóvenes periodistas, con la sensibilidad suficiente para detectar que un ocasional ruido en el piso de la redacción procedía de una lavadora que tenía en él la portera del inmueble, como le sucedió a Lola Campos, cuando entró a dirigir el semanario, algo que ningún varón había identificado hasta el momento.

El libro tiene la ambición de integrar todas las principales y diversas varillas del abanico de la oposición al franquismo, que surgen y crecen de modo paralelo y sincronizado, coincidiendo incluso en las mismas personas, que pueden ser sindicalistas, militar en alguna opción política, hacer teatro, pintar o dar clases, todo a la vez y en el seno de la misma experiencia personal. En la realidad de hace medio siglo ayer, y como fuente histórica hoy, *Andalán* constituye un lugar privilegiado por la confluencia de todas estas dimensiones de la oposición política, la obrera y sindical, la intelectual y universitaria, la cultural en sus diversos aspectos, la feminista, la de una naciente conciencia ecológica a través de las campañas de

10 José Luis Trasobares publicó *La segunda oportunidad. Crónica sentimental de los años setenta*, Zaragoza, IFC, 2007. Estas eran sus primeras líneas: «Fue imposible vivir los setenta, aquí mismo, en la capital de Aragón, sin tener la sensación de que algo extraordinario estaba sucediendo» (p. 15).

defensa del territorio, el pacifismo, etc. El quincenal y luego semanario fue una escuela de aprendizaje de la democracia y de conocimiento y formación, de ósmosis cultural entre políticos, artistas, escritores, intelectuales que allí coincidieron en distintas proporciones y ritmos. Por encima de caracteres, intereses, militancias y orientaciones personales, retóricas más o menos revolucionarias, algunos grados de desconfianza en la democracia, o ignorancia de la misma, la argamasa que aseguraba nuestra concurrencia era el antifranquismo, lo cual queda evidenciado en estas investigaciones concurrentes, que muy acertadamente ponen su límite en 1978, así como en lo que este testigo cree recordar.¹¹

Un testigo para el que resulta tan gratificante la confianza que depositaron en él algunos de los primeros opositores a la dictadura —nacidos en las primeras décadas del siglo xx— en la soledad y durísimas condiciones de los años cuarenta y cincuenta como la que hoy merece de estos jóvenes investigadores e historiadores nacidos en las postrimerías del siglo, asomándose ya al nuevo milenio, al proponerme introducir sus estudios y trabajos.

Carlos FORCADELL ÁLVAREZ

11 Una aproximación a la historia y significación del periódico, en C. Forcadell, *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, Ibercaja, 1997. En septiembre de 2022 tuvo lugar en la Institución Fernando el Católico un curso sobre «Prensa y política en la transición democrática. El caso de Aragón desde el periódico *Andalán 1972-1987*», pendiente de publicación a lo largo de 2023.

INTRODUCCIÓN

Ese es el cardenal, ese otro el obispo, nosotros somos los monaguillos, y se le darán las gracias a Mengano, Fulano, Zutano y a etcétera. En esos etcéteras estaremos nosotros.

Silvano MORCILLO,
obrero del metal preso en la cárcel de Carabanchel¹

Resulta indudable la existencia de un vacío sustancial en el estudio del antifranquismo en la ciudad de Zaragoza que, en los últimos años, se ha comenzado a resolver mediante las investigaciones de diversos historiadores e historiadoras. Sin embargo, consideramos que un conflicto de tamaño relevancia en esta localidad requería algo más; un manual accesible para iniciados en el tema, pero también para quienes buscan bucear por primera vez en la memoria de aquellos luchadores, de muy distinta índole y con objetivos diversos, pero que tanto arriesgaron frente a los poderes de la dictadura. Por ello, y con especial interés en la participación de estos investigadores, nos lanzamos a la elaboración de una obra que, esperamos, sirva de introducción para comprender lo polifacético de estos movimientos antifranquistas y, a su vez, proporcione una serie de fuentes y referencias bibliográficas para quienes tengan interés en profundizar en cada uno de los apartados.

La idea original surgió de la producción de un documental en el que, mediante entrevistas a protagonistas y especialistas en cada uno de los temas, se pretendía honrar la memoria de los luchadores y luchadoras zaragozanos y acercar al gran público un tema todavía desconocido por una parte importante de la ciudadanía, especialmente entre los sectores más jóvenes que no llegaron a vivir el proceso de transición y apenas reciben enseñanzas sobre el mismo en los centros de secundaria. Así, y a través de los lazos

¹ Citado en Alberto Sabio Alcutén, *Peligrosos demócratas. antifranquistas vistos por la policía política*. Madrid, Cátedra, 2011, p. 9.

tejidos durante la grabación del documental, se decidió dar un paso más allá y comenzar la redacción de esta obra. Para ello, seguimos la línea de trabajo centrada, esencialmente, en las fuentes primarias que han nutrido las recientes investigaciones de los colaboradores en este libro. De hecho, la carencia de trabajos previos supone que, en gran medida, las fuentes utilizadas sean originales y se basen en entrevistas y documentos de época, por lo que buena parte de la información específica que aquí aparece resulta novedosa respecto a otras publicaciones de gran alcance.

Y es que, a diferencia de otras grandes ciudades españolas, los anti-franquistas zaragozanos no han tenido nunca una obra que aborde de forma conjunta sus múltiples luchas. Obreros, mujeres de presos, estudiantes, actores, escritores, feministas y periodistas, entre otros sectores, se dan cita en estas páginas porque todos ellos y ellas pusieron su grano de arena en la consecución de la democracia. No podemos entender la Transición como un conflicto entre las élites políticas; pero tampoco el antifranquismo como una masa social uniforme que actuase en consecuencia, sino que, como ampliaremos, son muchos los puntos de vista que se aglutinan bajo ese término.

A su vez, también son muy variadas las cronologías que se aplican al proceso de transición a la democracia en España, pero no es objeto de esta obra entrar en ese debate. En nuestro caso, y aunque en historia es muy difícil escoger fechas fijas a la hora de analizar procesos, se eligió como comienzo el año 1958 por ser el momento de la primera gran caída del PCE en Zaragoza, si bien, evidentemente, esto muestra que con anterioridad ya había comenzado una más que relevante movilización obrera que conectaba con las experiencias de los años previos a la Guerra Civil. Por otro lado, 1978 se considera una fecha más consensuada, ya que supone el año de aprobación de la actual Constitución, pero, como es ya sabido, todavía quedó (y en algunas circunstancias podríamos considerar que aún queda) un largo camino hacia la superación de muchas de las estructuras heredadas de la dictadura.

Una de las problemáticas afrontadas a la hora de construir esta publicación ha sido seleccionar los ámbitos de lucha a través de los cuales pudiéramos ofrecer un relato compacto sobre las relaciones construidas entre las distintas patas del antifranquismo. Los bloques que presentamos no son una elección casual, al entender que se corresponde con los movimientos

más claramente definidos en torno a reclamaciones y sujetos sociales más homogéneos, aunque en ocasiones esta acepción tienda a tomarse con una visión estrictamente literal, lo cual sería un error. A diferencia de otros movimientos también de gran relevancia pero con una composición mucho más difusa, como pudo ser el movimiento barrial,² hemos creído necesario especificar la construcción de una historia del antifranquismo prestando atención específica a sus movimientos más y mejor estructurados.

El movimiento obrero, a través fundamentalmente de la experiencia de las Comisiones Obreras, supone el elemento más claro a la hora de identificar el sujeto específico que participa en este frente de conflicto. Para la dictadura, desde su inicio, las fábricas fueron percibidas como un espacio de hostilidad hacia el régimen, como si fuera un reducto de épocas pasadas imposible de eludir. La incapacidad de alcanzar el encuadramiento de las masas de trabajadores asalariados en el seno de la Organización Sindical Española fue uno de los quebraderos de cabeza de un régimen que aspiraba al totalitarismo pero que fue incapaz de llevarlo a cabo, generando una de las particularidades del propio franquismo en cuanto régimen de clara inspiración fascista. Esta percepción de hostilidad, que se da ya en los primeros años del franquismo, a partir de los años cincuenta empieza a evolucionar hacia un movimiento de oposición cada vez más desarrollado y estructurado, convirtiéndose en los años sesenta y setenta en el principal eje de oposición a la dictadura. De este primer bloque se han encargado María José Esteban Zuriaga y Cristian Ferrer García, quie-

2 El movimiento asociativo en los barrios es presentado por Pamela B. Radcliff como el mayor exponente de práctica democrática que sirvió de aprendizaje para gran parte de la ciudadanía española en el proceso previo a la transición a la democracia. A pesar de ello, la composición del movimiento barrial se nutría, en gran medida, de participantes del resto de patas del antifranquismo articulando en su seno reclamaciones diversas y heterogéneas, siendo una especie de materialización —siempre con matices— de estructuras unitarias o una herramienta para la colaboración auxiliar en momentos de represión o conflicto. En un intento de desentrañar los aspectos más característicos de cada una de las vertientes principales del antifranquismo en Zaragoza hemos decidido desestimar la posibilidad de añadir un bloque específico de movimiento barrial o vecinal en tanto que era un aspecto tratado de manera común en todos los bloques en las claves que se señalan. Para profundizar en ello recomendamos acudir a Pamela B. Radcliff, *La construcción de la ciudadanía democrática en España. La sociedad civil y los orígenes populares de la Transición, 1960-1978*, Valencia, PUV, 2019.

nes durante sus años de investigación han desarrollado trabajos relevantes acerca del movimiento obrero católico y de las Comisiones Obreras, respectivamente.

El movimiento estudiantil, principal pero no exclusivamente universitario, también se escapó de la integración en las estructuras franquistas a pesar de los continuos intentos por parte de intelectuales falangistas de articular organizaciones corporativas como el Sindicato Español Universitario. El SEU acabó disolviéndose en 1965 ante la creciente movilización universitaria y la incapacidad de ser la organización de encuadre para un estudiantado que, si bien en un principio había pertenecido a la élite económica y política del régimen, con el tiempo había ampliado su base y se había radicalizado. La creación de estructuras a nivel estatal como la Federación Universitaria Democrática Española (1961) o el Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios (1966) combina en los setenta con el surgimiento de un gran número de organizaciones, la mayoría vinculadas a grupos políticos de oposición, como fueron los Comités de Estudiantes o los Comités de Estudiantes Revolucionarios de Zaragoza. Estos estudiantes no actuaron de forma estanca y al margen del resto de movimientos de oposición, sino que se enriquecieron mutuamente engarzándose con ellos y colaborando, ya fuera a través de los nuevos despachos de abogados antifranquistas que formaban los licenciados en Derecho o de la participación en el movimiento obrero una vez salían al mercado laboral. Este bloque ha sido redactado por Sergio Calvo Romero y Miguel Lázaro Arnal, ambos expertos en el desarrollo de la conflictividad estudiantil en la Universidad de Zaragoza y en la represión llevada a cabo por el régimen contra estudiantes, profesores y trabajadores de la institución.

Con el fin de la guerra, si alguien experimentó la marginalidad y el retroceso en derechos de manera especial fue la mujer. No solo perdió los mismos derechos políticos de los que gozaban los hombres, sino que además, en una combinación de legislación y propaganda, se relegó a la mujer a un papel residual y limitado al hogar. La represión explícita contra la mujer, especialmente furibunda y destinada a deshumanizar por completo a la reprimida, se unió a la dificultad de la marca social que suponía el ser «roja» o «mujer de rojo». Este estigma dio paso también a una identificación concreta y a una toma de conciencia a través de las mujeres de preso en tanto que sujeto colectivo con intereses comunes. Esta primera organiza-

ción de las mujeres de preso, que comenzó con un carácter casi asistencial, rápidamente viró hacia reclamaciones políticas concretas al régimen a través del Movimiento Democrático de Mujeres. El MDM en sí mismo también experimentó un desarrollo y cada vez se pusieron más debates encima de la mesa acerca del papel de la mujer en la sociedad, ya con reivindicaciones específicamente femeninas, y sirvió de caldo de cultivo para la creación de las organizaciones feministas de los años setenta. Para la elaboración del bloque específico de la oposición femenina hemos contado con dos de las autoras de principal referencia para este ámbito de estudio, Irene Abad Buil y Sandra Blasco Lisa. Mientras que Irene Abad es uno de los nombres de referencia en la caracterización del papel de las mujeres de preso y su desarrollo, Sandra Blasco ha dedicado, con gran éxito, su labor investigadora al desarrollo del potente movimiento feminista de los años setenta y a su papel en el proceso de transición a la democracia.

Por último, cabe mencionar también la gran importancia que tuvo el movimiento cultural de oposición. Al franquismo no solo se le combatió en las fábricas, las facultades y las cárceles, sino que también tuvo que hacer frente, a pesar de la intensa censura, a escritores, pintores, intérpretes y cantantes. La distinción entre dos culturas, una franquista y otra antifranquista, se hace especialmente palpable al final de la dictadura, pero es algo que pervive desde el mismo final de la guerra. A pesar de la censura y la represión, por todo el mundo corrieron libros y exposiciones elaborados en la más estricta clandestinidad, en ocasiones desde las mismas celdas de penales como el de Burgos o el de Carabanchel. En Zaragoza, el movimiento cultural antifranquista sirvió también como cuña de politización para un gran número de intelectuales que tomaron posición a favor de la caída del régimen. Este capítulo final ha sido escrito por Iván Romero Catalán y Ana Asión Suñer. Mientras que Iván ha realizado destacadas labores de investigación especialmente en lo relativo al estudio del papel de la prensa y la censura, como es el caso de *Andalán*, y a la importancia de organizaciones culturales como el Teatro de Cámara de Zaragoza, Ana Asión es una de las voces más autorizadas a la hora de explicar el papel que tuvo la cultura audiovisual durante la Transición.

Toda investigación debe circunscribirse a una temática, a un ente territorial, un personaje destacado, etc. Es decir, servirse de una base o caso a partir del cual el investigador puede corroborar sus hipótesis de partida,

modificarlas o, en última instancia, adaptarlas a la realidad del caso a estudiar. En ese proceso de análisis la perspectiva comparada resulta crucial para dotar a la propia investigación de un cuerpo teórico que permita resaltar las particularidades o señalar las dinámicas que también se cumplen. A pesar de los esfuerzos que hacen numerosos autores en proponer valoraciones y análisis de amplio espectro que tienden, en bastantes casos, a adquirir valores axiomáticos, en la historia de la oposición al franquismo está claro que asistimos a una proliferación de estudios, de ámbito local, centrados en alguno de los distintos sectores que ofrecieron resistencia al régimen. El libro que presentamos cumple en parte esta premisa, aunque extiende sus reflexiones a distintos sectores de la sociedad de Zaragoza, como ya se ha explicado.

Establecer la capital aragonesa como escenario de estudio nos obliga a detenernos, aunque sea de forma breve, en un estado de la cuestión basado en el contexto socioeconómico de la ciudad. Zaragoza no constituyó una excepción en el proceso de crecimiento que experimentaron casi todas las provincias españolas desde principios de los años sesenta. Se dieron toda una serie de cambios que hicieron de la ciudad un espacio urbano muy diferente entre los años a los que se circunscribe la investigación. En los años cuarenta y cincuenta Zaragoza, que junto a Huesca, Teruel, Navarra, Logroño y Soria constituían el Distrito Universitario, era predominantemente agrícola, con un elevado porcentaje de la población activa dedicada al sector primario. Por ello el Distrito Universitario de Zaragoza puede ser valorado como mayoritariamente rural.³ En un lapso corto de tiempo asistimos a una mutación sustancial de la ciudad.

Entre 1961 y 1970 la población disminuyó en 24 provincias españolas.⁴ Para ese mismo periodo la población urbana de Zaragoza sufrió el mayor crecimiento absoluto y porcentual de toda su historia, y también en esta década la economía aragonesa vivió la etapa de mayor expansión y cambio estructural, actuando la industria, en concreto el sector del metal,

3 Concha Lomba y Pedro Rújula (eds.), *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, p. 325.

4 Ramón Tamames, *Introducción a la economía española*, Madrid, Alianza, 1977, pp. 38-41.

como motor de este crecimiento.⁵ Ya nos topamos con un hecho que bien podría ser, y ya ha sido, objeto de estudio y profundización.

La evolución de la población de la ciudad de Zaragoza merece ser señalada como espectacular. En las décadas posteriores a la Guerra Civil la ciudad experimentó un importante crecimiento pasando de algo más de 200 000 habitantes en 1940 a 571 000 en 1981. El crecimiento más fuerte se concentró entre 1960, año el que la ciudad contaba ya con 326 316 habitantes, y mediados de los años setenta, impulsado por el acelerado ritmo de desarrollo económico. Esta expansión se nutrió además de un crecimiento de la población muy rápido y de la importante llegada de inmigrantes, procedentes especialmente de zonas rurales de Aragón y de otras provincias próximas como Soria o Guadalajara, e incluso del sur de España.⁶ Este proceso de crecimiento puso más de manifestó todavía los desequilibrios poblacionales de Aragón. Como ya señalaron Carlos Forcadell, Gonzalo Borrás e Isabel Yeste, «la macrocefalia zaragozana y el desequilibrio demográfico aragonés se acentuaron notablemente: los zaragozanos eran el 19 % de la población de Aragón tras la Guerra Civil, el 27 % en 1960 y llegaron a ser casi la mitad —el 46 %— en 1975».⁷

La explosión demográfica generó diversos problemas en lo que a seguridad y vigilancia se refiere. Las propias autoridades serán conscientes de este hecho y desde inicios de la década de los sesenta en las sucesivas memorias anuales del Gobierno Civil se dejaba constancia, llegando a señalar la constante expansión de la capital como un elemento de preocupación que ocasionaba

una mayor dificultad en los Servicios de Vigilancia, toda vez que la plantilla de las Fuerzas de la Policía Armada (cuyos efectivos no están cubiertos en su totalidad) permanece estática desde hace veinticinco años, en tanto que el

5 Un interesante estudio del crecimiento industrial de Zaragoza a través de la implantación de líneas de teléfono, en María Ángeles Velamazán Gimeno y Fernando Alegre Forcada, «El desarrollo del teléfono en Zaragoza (1929-1975)», *Llull, Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 35, n.º 76 (2012), p. 416.

6 Vicente Pinilla Campo, «Cambios socio-económicos en la comarca de Zaragoza durante el siglo xx», en Isidoro Aguilera y José Luis Ona (coords.), *Delimitación Comarcal de Zaragoza*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001, pp. 157-158.

7 Carlos Forcadell, Isabel Yeste y Gonzalo Borrás, *Zaragoza 1908-2008*, Madrid, FCC Construcción, 2006, p. 87.

número de habitantes ha crecido de una manera ostensible en el mismo periodo de tiempo.⁸

La provincia de Zaragoza cambió sustancialmente su fisonomía. No solo en aspectos demográficos o económicos se gestó la mutación. La esfera cultural experimentó un notable cambio. A lo largo de 1968 se llegaron a inscribir en la Sección 1.^a del Registro Provincial de Asociaciones de Zaragoza un total de treinta y cinco, predominando en número «las Recreativas y Culturales y también las constituidas por Antiguos Alumnos o Padres de Alumnos de Colegios de Enseñanza». Esta voráGINE asociativa marcó un hito y un antecedente. A partir de este momento las solicitudes de inscripción como asociaciones comenzaron una escalada que se paralizó únicamente con la declaración de los estados de excepción. Zaragoza se convirtió en un gran escenario:

A lo largo del año, con el paréntesis del verano, hubo una intensa actividad cultural. En la capital se celebran más de quince conferencias semanales, y al propio tiempo, las exposiciones se suceden de manera ininterrumpida, salvo cuando coinciden, como muchas veces ocurre. En los pueblos de la provincia también tienen lugar frecuentes conferencias de todo tipo, y exposiciones promovidas, naturalmente, desde la capital.⁹

Si bien es cierto que nuestro caso de estudio, esto es, Zaragoza, no muestra desviaciones importantes en lo que a comportamiento demográfico y económico se refiere, ello no es óbice para dejar pasar la extraordinaria oportunidad que se nos brinda para ahondar en las contradicciones que emergieron. Una sociedad que se hallaba inmersa en un ciclo de cambios que destapó rápidamente la falta de sincronía entre una población que vivía un importante cambio generacional y unas estructuras políticas vetustas nacidas de un conflicto civil. Zaragoza se revela como un estudio de caso muy valioso, una ocasión sin parangón que nos permite manejar datos e información ajenos a los problemas cuantitativos que podrían conllevar Madrid o Barcelona. Un libro como el presente podría marcar las líneas de actuación para ciudades como Valencia o Sevilla, con una intrahistoria similar para el periodo que nos ocupa.

8 Archivo General de la Administración (AGA), *Memoria de gestión del Gobierno Civil de la provincia de Zaragoza del año 1966*, Fondo de Gobernación. Caja 44/12142.

9 *Ib.*

Como ya se ha avanzado al inicio de la introducción, el principal valor que tiene este libro es el de servir de primer paso en el camino hacia el descubrimiento de un pasado reciente que todavía presenta recovecos oscuros, y más en el caso de Zaragoza. Se han mencionado las vías de investigación de los distintos autores, cuyas tesis y trabajos son esenciales para aportar luz en los aspectos concretos del antifranquismo, pero consideramos que resultaría más atractivo para el público general un compendio que permitiese obtener una perspectiva más amplia de cómo se luchó por la democracia en la capital aragonesa.

Por ello la relevancia de este libro no se encuentra tanto en la profundidad del análisis en cada uno de los apartados, aunque siempre se ha cuidado de dar una visión lo más precisa posible, sino en su carácter de conjunto. La accesibilidad, pues, es uno de los puntos fuertes del libro y es que esta obra parte de la premisa de que el conocimiento sobre este periodo de la historia reciente que en él se trata debería estar al alcance de toda la ciudadanía.

En un momento de incertidumbre política como en el que nos encontramos, repasar el pasado y valorar los esfuerzos que miles de zaragozanos llevaron a cabo para acelerar el fin de una dictadura criminal es un acto de justicia democrática. No se puede permitir que la memoria del antifranquismo quede reducida a una serie de investigaciones con un indudable valor histórico, pero, por desgracia, muy alejadas del foco mediático. Con honestidad y siendo conscientes de las limitaciones estructurales, nos planteamos el objetivo de cumplir con nuestro deber cívico como historiadores y llenar, en la medida de lo posible, ese vacío informativo.

Esperamos, por lo tanto, que el lector encuentre en estas páginas un ameno repaso por la historia reciente de Zaragoza, pero también el despertar de una inquietud por comprender los valores que los protagonistas de la misma mostraron con sus innumerables actos de protesta. No es objeto de este libro juzgar los aciertos o desaciertos que se produjeron en un proceso tan complejo como es la transición a la democracia, pero sí poner de relieve un esfuerzo colectivo, con sus muchas variables, que puede ser tomado como ejemplo de enfrentamiento popular ante un sistema a todas luces injusto como lo era la dictadura franquista.

Las diversas publicaciones que los autores han firmado en los últimos años: artículos, capítulos de libros, *papers*, tesis doctorales, etc., han mos-

trado un común denominador, esto es, la construcción narrativa del anti-franquismo en la ciudad de Zaragoza. El discurso explicativo y analítico recogido en ellas muestra una realidad hasta ahora poco abordada en la bibliografía especializada y que nos conduce a fijar Zaragoza como un foco de oposición al régimen de segundo orden. Podemos afirmar que amplios sectores adoptaron una posición crítica con la política franquista y que esta derivó en la construcción de bloques de oposición con una firme voluntad de enfrentarse a las autoridades policiales, académicas y gubernativas en pro de una reforma democrática del país. Estos índices de movilización permiten romper con la concepción de que el antifranquismo fue cosa de las grandes regiones con tradición de lucha.

En algunos casos, como el estudiantil o el cultural, su despertar se produjo de forma más tardía, si los comparamos con las dinámicas en otras ciudades. En el primer caso, no será hasta 1967 cuando se pueda vislumbrar un movimiento estudiantil antifranquista con entidad propia. Hasta ese momento sí que existen determinadas acciones, pero estas obedecen al principio de acción-reacción. La universidad actuará como caja de resonancia de lo que iba ocurriendo en otros campus. A partir de 1967 a las proclamas sobre libertad y en contra de las detenciones en Madrid o Barcelona se les unirán peticiones propias sobre infraestructuras, planes de estudio, determinadas prácticas docentes de algunos profesores, etc. La Universidad de Zaragoza se convertirá en un campo de batalla continuo y poco a poco irá compartiendo titulares junto a Sevilla, Valencia, Madrid o Barcelona.

En el terreno cultural sobresalen dos ámbitos de sociabilidad, análisis e intercambio de ideas: el Teatro de Cámara de Zaragoza, más tarde rebautizado como Estable, y *Andalán*. El Teatro de Cámara, fundado en 1963, se convirtió en un lugar de encuentro de muchos de los protagonistas del movimiento antifranquista de Zaragoza. Una vez se reconvirtió en 1971 en el Teatro Estable, ese principio de acercamiento a posiciones disidentes se fortaleció. El caso de *Andalán* es el más conocido y profuso en cuanto a estudios y publicaciones sobre sus artículos. Ambos elementos, creadores de conciencia de militancia, fueron imprescindibles para que el antifranquismo de Zaragoza se nutriera de un sustancial número de activos y cuadros de las distintas organizaciones que emergieron en los primeros años de los setenta.

En el otro lado del espectro tenemos el movimiento obrero y el ámbito de actuación de las mujeres. En ambos la organización protagonista fue el Partido Comunista de España. Dentro de su política de creación de estructuras de oposición en todos los frentes posibles, se desarrollaron diversas plataformas en fecha temprana. En el primer caso, a finales de los años cincuenta el PCE ya contaba en Zaragoza con una militancia consolidada y una propuesta programática clara. No obstante, las detenciones de 1958 y 1962 frenaron drásticamente su crecimiento y no sería hasta el nacimiento de Comisiones Obreras en la capital aragonesa cuando se vuelva a contar con un movimiento obrero fuerte y estructurado. Por lo que respecta a la acción femenina y su incorporación al antifranquismo, tendrá en el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), creado en 1965, su plataforma de representación más importante, aunque no fue la primera, tal y como se explica en el capítulo correspondiente.

Un análisis comparativo de los frentes de lucha nos revela que estos pueden agruparse en dos grandes bloques. El primero, universitario y cultural de un desarrollo más tardío cronológicamente y en cuyo seno encontramos a militantes del PCE, aunque no siendo esta organización la vanguardia. El segundo, obrero y esfera femenina, con fuerza y presencia más temprana y en cuya evolución los comunistas fueron el núcleo de referencia y promotor.

Continuando con el análisis comparativo y aplicando una lectura cruzada, existe un principio de interrelación inmutable entre los cuatro campos de estudio. A lo largo del libro los autores establecen una serie de conectores muy claros y definitorios de cada uno de los campos de batalla del antifranquismo en Zaragoza.

Los lazos de conexión que encontramos son de distinta naturaleza. Por un lado, podemos identificar una relación de interdependencia, en cuyo epicentro estaría ubicado el PCE, entre universitarios, obreros y el Movimiento Democrático de Mujeres. Esta situación se tradujo en que el éxito o fracaso del PCE condicionó el desarrollo de cada uno de los sectores de lucha. En el caso del movimiento estudiantil esta relación dejará de darse y su evolución en los años setenta se realizará al margen de la organización. También podemos observar la relación simbiótica entre el mundo obrero y la acción femenina. En este caso serán los avatares personales de determinados protagonistas los que generen dicha relación, llegando a establecerse un movimiento de autopropulsión.

Otro de los tipos de conexión que se dio se basó en la autoconciencia de la importancia de establecer contactos y relaciones con el resto de sectores antifranquistas. Este es un hecho claro entre obreros y estudiantes. Las iniciativas para crear relaciones productivas que derivaran en acciones conjuntas fueron numerosas. De ello disponemos de testimonios e incluso distintas piezas de propaganda. Entre estos dos mundos y el movimiento de las mujeres existió el principio de evolución, esto es, el trasvase de militantes de una esfera a otra atendiendo a circunstancias personales: finalizar los estudios universitarios, encarcelamiento de un familiar o persona cercana, etc. Dependiendo de determinados acontecimientos se abandonaba la militancia en un ámbito para llevarla a cabo en otro.

Uno de los aspectos principales que hemos tratado de abordar es la cuestión de la politización y la conexión entre las nuevas generaciones que se movilizan y los potentes elementos de combatividad anteriores a la guerra. Durante los últimos años no han sido pocos los autores que han señalado las amplias conexiones que hay entre ambas generaciones y la transmisión de una cultura militante a las nuevas generaciones de trabajadores, estudiantes o profesionales. En el caso zaragozano es especialmente claro este aspecto, siendo uno de los elementos clave la llegada de Antonio Rosel Orós y, con él, la creación de una organización estable del Partido Comunista en la ciudad. De esta manera, a través del caso zaragozano se pueden ver claramente los paradigmas al respecto de la toma de conciencia que han establecido autores como Antonio Gramsci. El político comunista italiano, tomando la evolución de una «conciencia en sí» —económica— a una «conciencia para sí» —política— que realiza Lenin en *¿Qué hacer?*, desarrolla ampliamente los procesos de toma de conciencia de las capas subalternas de la sociedad a través de la combinación dialéctica entre la espontaneidad —las luchas económicas inmediatas— y el elemento consciente —el partido político que eleva esas luchas a denuncias políticas—. Esta participación del elemento consciente, que en la España de posguerra sería fundamentalmente el PCE, se ve en Zaragoza a través del aumento de movilización generado por el establecimiento de canales de comunicación entre el partido y los trabajadores industriales, ya fuera a través de la difusión de la prensa o a través de la intervención directa de los militantes.

De la misma forma, ese elemento consciente es el que impulsa, a través del Movimiento Democrático de Mujeres, a la organización femenina

a un gran número de mujeres que estaban hasta el momento apartadas de la actividad política o a través de movimientos netamente asistenciales. Aunque al final de la dictadura el movimiento femenino en su tránsito a movimiento feminista adquirió un carácter poliédrico y una heterogeneidad manifiesta, en los primeros años fueron las militantes comunistas las que otorgaron el carácter político a las reivindicaciones de las mujeres de preso, categoría a la que pertenecían muchas de ellas.

A pesar de la heterogeneidad en su composición social, esta influencia del elemento consciente en la toma de conciencia de intelectuales y estudiantes también deja su impronta en los primeros años, donde prácticamente se concibe al PCE como el «partido del antifranquismo»¹⁰ en su globalidad. La pérdida de hegemonía del PCE a partir de los años setenta en los ámbitos intelectuales, fruto del rechazo al eurocomunismo existente entre gran parte del estudiantado universitario y a la aparición de corrientes socialistas en los ámbitos culturales de la sociedad, en un proceso de politización ya generalizada y de actuación de una serie de parámetros mayores a la hora de entender la inclinación de sectores sociales concretos a opciones políticas diferentes, no niega la importancia que tuvieron estos primeros elementos organizados.

Al respecto del propio papel del partido político en el seno de estos movimientos, tanto Gramsci como Lukács fueron dos de los teóricos que más de cerca trataron este aspecto a nivel histórico por su propio papel de dirigentes, además de estudiosos. Acerca del papel que juega el partido político, en este caso el comunista, en su intervención ante las masas espontáneas Lukács dice:

La fuerza del partido es una fuerza moral: se alimenta de la confianza de las masas espontáneamente revolucionarias, obligadas a sublevarse por la evolución económica. El partido vive del sentimiento que las masas tienen de que es la objetivación de su más propia voluntad, que ellas mismas no tienen en claro, la forma visible y organizada de su propia conciencia de clase.¹¹

Por otro lado, Antonio Gramsci, a la hora de explicar el papel específico que tienen los cuadros dirigentes en su intervención entre estas masas

10 Carme Molinero y Pere Ysàs, «El partido del antifranquismo (1956-1977)», en Manuel Bueno *et al.*, *Historia del PCE: I Congreso 1920-1977*, 2.º vol., Madrid, FIM, pp. 13-33.

11 Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Madrid, Sarpe, 1984, p. 122.

espontáneas, utiliza una metáfora militar que refleja el papel que desempeñan los elementos conscientes a la hora de poder generar «ejército político», es decir, militancia organizada en los distintos sectores sociales que permitan articular la denuncia política:

Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tan es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aun donde no existe.¹²

Aterrizando la cuestión teórica en el terreno específicamente zaragozano vemos cómo, contrariamente a la idea de una supuesta ignorancia y amnesia de los años de posguerra, las nuevas generaciones no eran ajenas a la situación vivida en el país durante la Guerra Civil. El desarrollo vital en un clima de represión familiar, marginación académica y de salida temprana al mercado laboral generó ya de por sí un cierto grado de conciencia y de hostilidad hacia las manifestaciones más represivas del régimen. Este aspecto fue aprovechado por militantes como Antonio Rosel para captar la atención de un gran número de militantes primeramente en los Talleres Florencio Gómez y diseminarse después por las principales industrias de la ciudad. Este desarrollo específicamente de la organización obrera también se combinó con experiencias de colaboración entre distintas patas del antifranquismo, como eran los famosos «guateques» organizadas desde las juventudes comunistas, reorganizadas en 1961, y que fueron un nexo de unión entre el movimiento vecinal, el universitario, el cultural y el obrero a través de debates moderados y dirigidos desde la órbita comunista.

De esta manera podemos decir que hubo una toma de conciencia en dos niveles: la primera era relativa a la situación personal en la estructura franquista a través de su rol de obrero, estudiante o mujer. Esta primera toma de conciencia se da de manera reactiva a la percepción de la explotación laboral, la rigidez académica, la censura o la represión a un familiar o a uno mismo. A ello se añadió en muchas ocasiones el recuerdo

12 Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México D. F., Juan Pablos Editor, p. 48.

transmitido de la guerra y la represión en el contexto familiar del sujeto, lo que le provoca un sentimiento de rechazo incipiente a la dictadura. El segundo nivel de conciencia se toma gracias al contacto con elementos de la dirección consciente, es decir, con la organización clandestina, quien aporta respuestas y ofrece un proyecto superador de la dictadura. Este proceso no es algo estanco ni una receta explicativa infalible que se da de igual manera en todos los sujetos, pero sí que aproxima bastante bien a cuál fue ese proceso en el conjunto del antifranquismo, especialmente durante los años cincuenta y sesenta.

Estos nexos de unión fueron fundamentales, dado el carácter amplio de un antifranquismo, que podemos considerar como un supramovimiento social, un movimiento de movimientos que se articula en torno al objetivo común del derrumbe de la dictadura, pero que difiere a la hora de situar las alternativas a la misma. Si entendiéramos el antifranquismo desde una perspectiva amplia, en este libro serían manifiestas las ausencias de sectores sociales que, a su manera, articularon herramientas de oposición como pudieron ser los monárquicos juanistas o los partidos socialistas y republicanos en el exilio. No obstante, estas herramientas de oposición no reportan grandes movimientos de masas, sino que se quedan en la penumbra de los despachos y las embajadas y no tendrán repercusión hasta los años finales de la dictadura.

Por ello, al centrarnos en estos bloques diferenciados social y políticamente, podemos estudiar las imbricaciones que tienen las distintas patas principales del antifranquismo entre ellas. Este campo de estudio, que permanece inexplorado en numerosas ubicaciones, es clave para poder articular una respuesta al enigma del proceso de transición y sus agentes participantes. ¿Por qué no se dio una ruptura con el régimen franquista? ¿Quiénes fueron los sujetos principales en el proceso de transición a la democracia? ¿Cuáles fueron las causas principales de esta transición?

Estas preguntas han sido objeto de un gran estudio historiográfico y las respuestas a cada una de ellas difieren sobremanera según el enfoque aplicado y el interés del autor, que no permanece ajeno a su propia historia reciente. La respuesta definitiva a todas esas preguntas, si es que en algún momento se puede dar, todavía queda lejana, pero hoy sí que estamos en disposición de aproximarnos a ello, al menos a su percepción desde la ciudad de Zaragoza.

Tras la muerte de Franco, y a pesar de los instrumentos de unidad como fue Coordinación Democrática (la «Platajunta»), vemos que el antifranquismo se encuentra dividido. Es curioso analizar cómo los instrumentos unitarios, como fueron la mencionada Platajunta o la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS), nacieron desde la suspicacia y la reticencia de una parte muy grande de sus agentes participantes. Estos agentes participantes, viejos y nuevos, ante el fracaso relativo de la huelga general de 1976, comenzaron a ver con mejores ojos la posibilidad de una reforma pactada con las instituciones del régimen que les garantizara un espacio político y social en una democracia de tipo occidental. A esto se le suma la crisis interna en la que está sumido el propio PCE como principal eje del antifranquismo, algo especialmente manifiesto en Zaragoza. Tal y como dice Javier Delgado en su libro-entrevista a Manuel Gil, ambos militantes del PCE, «la Historia del Partido en Aragón, más que nada en Zaragoza, a partir del año 70, hasta que Vicente [Cazcarra] voló a Madrid, es una historia bastante torturante».¹³ El conflicto entre el sector dirigente de las Comisiones Obreras encabezado por Luis Martínez, el grupo intelectual del partido próximo a *Andalán* con Vicente Cazcarra y la facción prosoviética de Miguel Galindo tenía unas raíces profundas. Tan profundas que la legalidad y la entrada en masa de un gran número de militantes no iba a poder evitar la quiebra del Partido y la traslación de las discrepancias a los organismos unitarios.

Esta debilidad a la hora de articular un movimiento de ruptura fue aprovechada por los sectores del régimen denominados «aperturistas» para establecer una hoja de ruta que, si en algún momento se vio amenazada y alterada, fue gracias a la intensa conflictividad social que hubo en 1976 y en adelante. El antifranquismo mostraba su capacidad de movilización, pero flaqueaba a la hora de llevar a cabo una alternativa y acabó conformándose con mejoras parciales, nada desdeñables por otra parte, renunciando a la posibilidad de una ruptura y la articulación de una salida «a la portuguesa». Los testimonios de los militantes de la época arrojan en su mayoría un sentimiento agri dulce de orgullo y de decepción. Por un lado, la capacidad de lucha abnegada y de organización suponen para todos ellos

13 Manuel Gil y Javier Delgado, *Recuerdo rojo sobre fondo azul*, Zaragoza, Mira Editores, 1995, p. 175.

una marca imborrable, no existiendo prácticamente ningún arrepentimiento por aquellos años, a pesar de que muchos hayan virado o cambiado sus concepciones políticas. Por otro, la imposibilidad de «tomar los cielos por asalto» supuso una frustración grande para muchos militantes, especialmente los veteranos, que vieron cómo la conflictividad rápidamente viró hacia medidas de consenso desigual y las potentes estructuras del antifranquismo fueron amoldadas a los límites de un nuevo régimen que dio la espalda y dejó en el anonimato a los sujetos incómodos del proceso de cambio: las bases sociales del antifranquismo.

Así, a través de este libro queremos presentar el caso concreto de Zaragoza, que, con sus particularidades, no es distinto al de muchos otros lugares de España, donde siguen abundando los protagonistas anónimos. Sacar a la luz su nombre, su experiencia y su vida militante no solo es una necesidad historiográfica, sino también una deuda moral ante una construcción del relato histórico que sigue prestando más atención a los papeles de despacho que a la presión ejercida sobre sus ventanas desde la calle. Con esta publicación tratamos de demostrar que estas ventanas re-tumbaban y estuvieron cerca de romperse, y ello, como no puede ser de otra manera, tuvo sus consecuencias directas en la construcción de una sociedad diferente.

Sergio CALVO ROMERO
Cristian FERRER GARCÍA
Iván ROMERO CATALÁN

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Prólogo. Zaragoza: Oposiciones al franquismo y aprendizajes de la democracia <i>Carlos Forcadell Álvarez</i> | 9 |
| Introducción <i>Sergio Calvo Romero, Cristian Ferrer García e Iván Romero Catalán</i> | 21 |
| Capítulo 1. Bicicletas, parroquias y piquetes: La movilización obrera en la Zaragoza del franquismo <i>Cristian Ferrer García y María José Esteban Zuriaga</i> | 39 |
| Capítulo 2. Movilización y disidencia en la Universidad de Zaragoza <i>Sergio Calvo Romero y Miguel Lázaro Arnal</i> | 85 |
| Capítulo 3. De la liberación de la mujer al movimiento feminista: Compromiso y acción «desde abajo» en la Zaragoza del tardo-franquismo <i>Irene Abad Buil y Sandra Blasco Lisa</i> | 139 |
| Capítulo 4. La lucha cultural y la censura <i>Iván Romero Catalán y Ana Asión Suñer</i> | 165 |

Conclusiones

Sergio Calvo Romero, Cristian Ferrer García e Iván Romero Catalán..... 205

Bibliografía 213

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en octubre de 2023*



ESTUDIOS

El franquismo ejerció un férreo control sobre cualquier acción que cuestionara o pudiera poner en peligro su propia existencia. Construyó todo un aparato represivo y diseñó un corpus legal que recubrió de supuesta legitimidad la censura y la represión. Ello no impidió que surgieran, desde distintos ámbitos de la sociedad española, núcleos de oposición y comportamientos disidentes cuyos objetivos convergieron en conseguir la democratización del país. Este libro analiza el origen y desarrollo de los focos de resistencia que se generaron en Zaragoza desde finales de los años cincuenta.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



**SERGIO CALVO,
CRISTIAN FERRER
E IVÁN ROMERO**

son licenciados en Historia por la Universidad de Zaragoza y han cursado el Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea, obteniendo en sus Trabajos Fin de Máster las máximas calificaciones y distinciones. En la actualidad llevan a cabo diversas investigaciones circunscritas al estudio de la oposición a la dictadura franquista, centrando sus análisis en los fenómenos contestatarios acaecidos en Zaragoza. Los distintos ámbitos de estudio que han abordado ofrecen una reconstrucción narrativa y analítica multifocal. De igual modo, el resto de autores (Irene Abad, Ana Asión, Sandra Blasco, María José Esteban y Miguel Lázaro) han participado en proyectos de investigación y publicado obras en las editoriales más prestigiosas.